

¡EN VELA DE CORTO Y LARGO ALCANCE!

DOMINGO 1º DE ADVIENTO

2 de Diciembre de 2.007

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Cuando venga el Hijo del hombre, pasará como en tiempo de Noé.

Antes del diluvio, la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre: Dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán.

Por tanto, estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa.

Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre. Mateo 24, 37-44

Usted, señor, domine la prospectiva, planifique su futuro, anticipése a los tiempos. Véalas venir. Asegure su mañana. Protégase contra todo riesgo. Prevéngase de todo espanto y sorpresa. No deje a los ladrones abrir boquetes en su casa roncadora, ni sospeche que algún diluvio lo va a coger fuera del arca y sin pareja.

Si se precia de funcional y pragmático, aduéñese del porvenir, creando las condiciones objetivas que lo hacen necesario. Sea Usted un hombre moderno. Déjese de esperanzas y temores, de advientos y parusías, de apocalipsis y catástrofes. No olvide que estamos en la cultura de los seguros totales. En sus manos está si lo desea, el dirigir el curso de su historia y de la historia. De este modo quedará Usted a salvo de lo imprevisible del acontecimiento, del sobresalto de la novedad, de lo inesperado de lo gratuito y libre, del asombro que genera lo incalculado . No dé pábulo, por favor, a los mesianismos, y deje de creer en cielos nuevos y en tierras nuevas...

Así pensaba, así hablaba, así enseñaba aquel hombre que, tras de haber puesto a sus ojos un potentísimo telescopio, creía que todo el horizonte era el que sus tecnificados ojos le brindaban. Ya no hay más por ver, se decía ; ya todo está previsto y visto. Las fuentes las había hecho a la medida de su sed. Encarando así - pero sólo así - el porvenir, nuestro hombre se había arrancado el adviento y la esperanza, reducido a pesar de tantos y tales ojos a cargar con grandes pequeñas

utopías . Nuestro hombre hasta llegó a hacerse miope, y ya desde entonces apenas si veía más allá de sus narices, de su bolsillo, de su ombligo. Tan previsor y futurólogo , había cerrado el paso a la intervención gratuita e imprevisible de la Trascendencia. Para él el Dios-por-venir era ya sólo un dios venido a menos, por haber reducido al Dios-de-la-Promesa y no haber ni oído la sorprendente capacidad que Dios tiene de superar los más desatados deseos, las más insomnes utopías, los más optimistas objetivos de toda perspectiva humana...

¿No será que nuestros futuros sin esperanza trascendente retrotraen al hombre a su más viejo pasado ;y que, por no esperar a un Niño nacido de Madre Virgen, o a un Fuego brotado de frío pedernal o a un arado venido de espada, nos contentamos con cosas menores que el hombre mismo, y por eso nos quedamos a dos velas, irredentos y sin Esposo, incompletos y frustrados ? ¿Por qué, pues, no nos ponemos en estado de buena esperanza, y con ojo avizor hacemos de impenitentes centinelas para que no nos coja de sorpresa la venida del Hijo del Hombre ?

Juan Sánchez Trujillo